

RASTRERO

Número 1 | Diciembre 2025





Carta editorial

A finales de 2024, la revista flotaba entre ideas y papeles: experimento catastrófico. Con más de tres borradores, seguía sin identidad. Entre pilas de libros, folletos y recitales, forjé un Frankenstein y su criatura. Con ayuda de la hipnosis que nace de la tragedia y lo surreal —hablando de la vida— di con influencias modernas y contemporáneas. Algunas se me adelantaron y tuve que reiniciar el avance. Teniendo la locura de la certeza aferrada a mis manos —tratándose de dos meses— organicé secciones y, más que nada, le regalé un nombre. Muchos otros dieron con el zapato izquierdo que, a propósito, era un presente de muy mal gusto.

A todo esto, se sumó una temporada entera de divulgación local que recolectó tres voces. Después, vinieron dos más. A la semana, cuatro...cinco...dos...y *c'est la vie*. Con un solo nombre y un cuerpo, esta revista da marcha a su trayecto.

Rastro surge como un proyecto independiente dedicado a la difusión del arte literario, poético, crítico y visual.

Sean bienvenidos.

Rebeca Alday
Fundadora y editora de *Rastro*

Contenido

POESÍA

Saira Lara	3
Julio Aguilar	7
Samara Mendoza	9
Droh J. Keffa	11
Luis Carmona	13
Georgina Ortiz	21
Raúl Gutiérrez	25
enriKetta luissi	29
Ana Trussi	31
Jorge R. Acevedo	34
Wilson Amado	37
Isabel Furini	43
Didier Delgado	47
Angélica Hermosillo	49
María Mures	51
Amelia Apolinario	53
Käfer Cañez	55
Ana Castañer	58
Gerónimo Castro	65
Idalia Cornieles	67
Fábio Aiolfi	77

NARRATIVA

Luis Alberto Serrano	81
Rafael Soto	83
Fautino Pérez	87
José Molina	89
Cristian Guevara	93
Jonathan Cucunubo	98

VISUAL

Ana Pobo	103
Daniel Calderón	109

COLUMNAS

Alejandro Schnarch	117
Corina Mora	121
Luis Cabrera	125
Conrado Parraguirre	129
Marcelo Sánchez	133





“Mi tierra es un lugar donde se sostienen erguidos los adobes, y
donde las estrellas fugaces se desprenden del Oriente y se
prenden, encendidas en el Norte”.

Nellie Campobello



P O E S Í A



Saira Lara

Pídeme perdón

¿Qué hago ahora?

Estoy aquí de pie, en un suelo cuarteado en el cual me
estoy escurriendo.

Taquicardia. Siento el corazón violento; palpitante,

y no quiero esta angustia.

Dentro voy lloviendo, y no pido ayuda, pues no sé cómo.
Dejo un camino mojado de arrepentimientos y de palabras
no dichas, porque no puedo.

Solo quiero,

y quiero,

quiero...

que me quieras,

como te quiero.

Problemas migajeros

Decidí cambiarme el cuerpo.
Por uno torpe y tosco,
enmarcado de venas palpitantes que engrose tu atención.

Me llenaré la piel de garabatos burdos que te asalten
risas, porque mis palabras ya no penetran en tu ser.

Tendré que fraccionarme este amor,
esconderlo entre la tierra,
afilarme mi indiferencia,
para atraparte el tiempo.

Me dejaré de libros y poemas
y buscaré vago el ocio y la causalidad.

Te esparciré pedazos de vacío, migajas de boronas,
ecos de un murmullo...
El soplo nulo que existe en una mirada
porque solamente si me extiendo el maltrato
y me cambio el cuerpo
podré entonces sacarte amor.

Vejez

¡Qué pesada es la vida!
¡Qué pesada es la vida!

Cada día mi esfuerzo me sabe nulo.
Las horas me huyen ruidosas
y desaparecen insensibles.

Se despiden entre la arruga de mi entrecejo que crece a su
paso
y de ella sale un murmullo constate y picudo
que me rasca el tiempo.





Julio Aguilar

La casa de los rumores

En la plaza,
una palabra cae como semilla
y el aire, inquieto,
la siembra en oídos distraídos.
Un niño escucha:
ve crecer un árbol con certezas
que nunca tuvieron raíz.
La anciana sonríe,
teje en su mecedora
las hebras invisibles
de un vestido que nadie ha visto.
Los balcones crujen,
asoman rostros que adivinan
secretos en ademanes extraños,
como si el parpadeo fuera confesión.
En la esquina,
el silencio compra y vende
historias al mejor postor.

Y la ciudad entera,
al final, se inclina sobre sí misma
para aprender que la verdad,
si alguna vez existió,
viajó lejos
en un tren que nadie
se atrevió a mirar de frente.



Samara Mendoza

Aves del paraíso

Es verdad que me commueve
el golpe seco de un huevo contra
el borde de un tazón.
Cierro los ojos.
Tomo aire.
Almizcle, clavel, cilantro,
limón de Amalfi, jazmín,
musgo de roble.

Te veo
y llevas dos trenzas.
Apenas tienes quince años
y trabajas en una zapatería del centro.
Sonrías
y pienso en un pez nadando
en círculos en su pecera.
No te reconozco así;
aterradoramente niña.

Es verdad que me quisiste.
En mi estómago creciste un aguacatero,
tan alto que a veces me trepo
para alcanzar a divisar tu jardín repleto de aves del paraíso.
Es verdad que las piernas del tiempo están oxidadas.
En esta casa solo queda el chillido de la olla exprés.
Abro los ojos.
Suelto aire.

Es verdad que me hubiera gustado conocerte, Elvia.



Droh J. Keffa

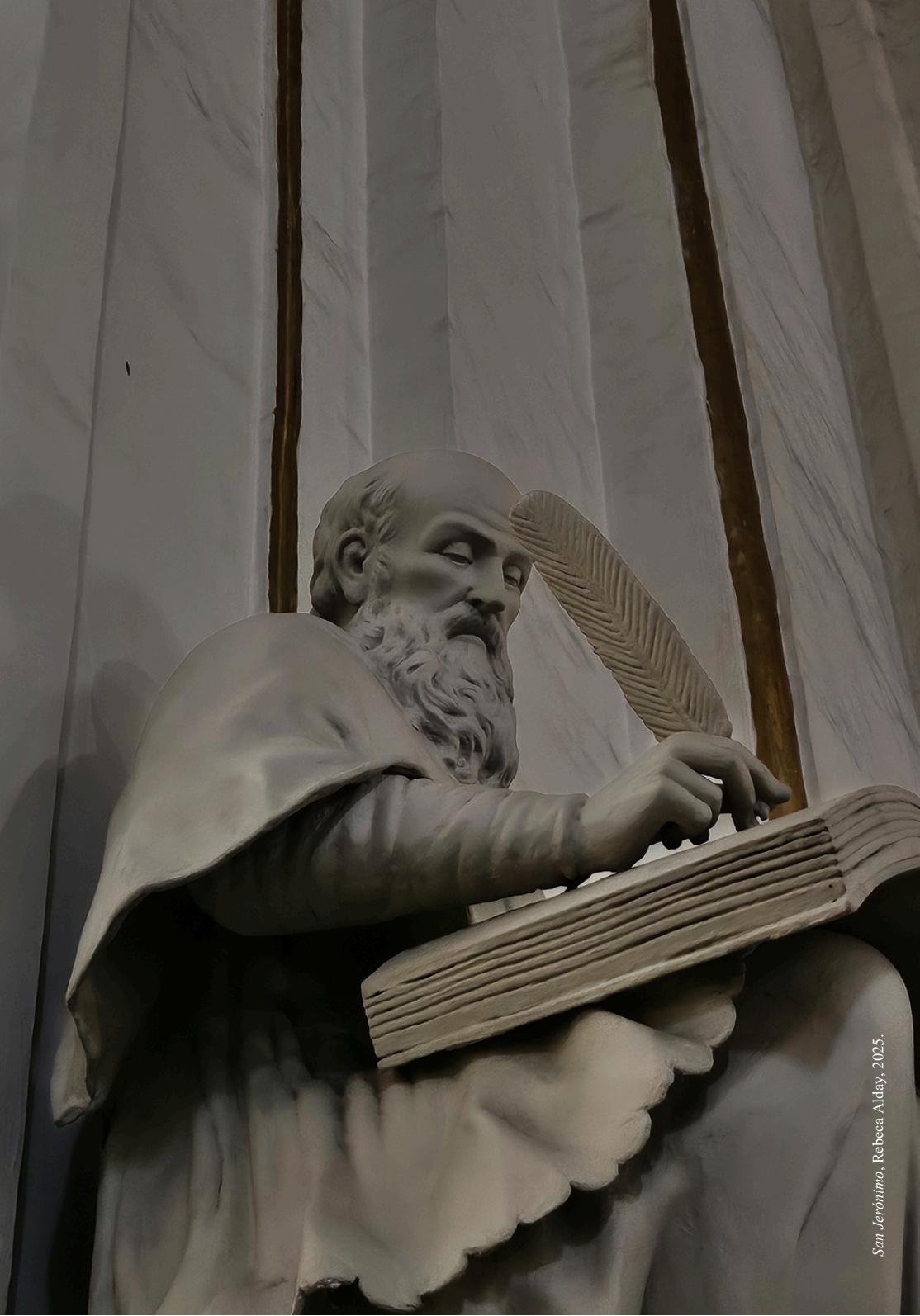
La casa gotera

Tengo una casa gotera.
En un rincón de mi alma,
corre mucha agua
cuando llueve, y cuando no hay sol.

Tengo una casa gotera,
y todos se han ido;
demasiado silencio se oye
cuando los vecinos ríen.

Tengo una casa gotera,
que ha llevado un poco de mí,
y mira cómo entra el agua,
cuando hay sol, y cuando llueve.

Tengo una casa gotera,
y la dueña se parece al dueño;
y llueve, y entra viento, calor, agua, frío
que no ha llevado mi libro.



San Jerónimo. Rebeca Alday, 2025.



Luis Carmona

Atardece

Atardece.

Arriba

el cielo

dibuja arcos.

Las luces

son dos extraños que se encuentran,

germinan como un beso.

A su alrededor

el tiempo se ha condensado,

llueven segundos

en mis ojos,

como dos pozos llenos:

quien me mira

bebe un poco de tiempo,

bebe un poco de cielo.

La bóveda cierra sus puertas.
El quicio
resuena largamente,
las estrellas
son un eco,
tal parece que un soplo
puede apagar el silencio.

Inclino la mirada
y me marcho,
en mi frente se oculta
un sol más oscuro.
Cuando cierro los ojos
la noche ya puede
caer sobre el mundo.

La realidad tiene su cuerpo,
soy la imagen de sus apariciones.

Ante la luz

Ante la luz
un coro de aves despierta,
no dicho,
expuesto,
apenas musitando,
como en secreto.

Las yemas del sol mojan el horizonte,
son una lucha dorada
contra el arrecife del alumbrado:
lámparas de Set.
El color es un epitafio
en la bóveda del cielo.

(Caminata de personas
ejercicios que no miran horizontes).

Jamás ha fallado a su cita
el alba,
los rayos se deslén sobre cuerpos,
lagrimeo en penumbra;
la mirada deja la huella
que todos los días
nos borra con su fulgor de párpado.
(Hay quienes se afanan
en olvidar su desidia).

Elijo el destino del amanecer.
Sé que en algún lado,
entre las hojas aún frías,
el borboteo de la luz,
las remeras en las alas,
el vocinglero de los cantos,
algo compone
las letras de mi ausencia.

Regreso en la palma
de un venero abierto.
(Me doy cuenta
que también soy caminante
sobre mis restos).

El sol se oculta tras el monte

El día acaba,
la noche nunca comienza.

¿Hay algo que pueda ser oído?
El tiempo avanza como un cuerpo
y la conciencia se apaga.
Las calles son un anuncio,
la imagen de lo que nunca vuelve.

Existe acaso
un murmullo de luz
recogiendo estas huellas.
Como un cristal
inmóvil me disperso
al mirarme.
Adonde yazgo los pasos me guían.
Soy la sombra del astro:
y en este instante
alguien nos mira
preguntándose
por qué tanto silencio.



Sin título, Rebecca Alday, 2024.



Georgina Ortiz

La eterna enamorada

Soy la eterna enamorada.
Soy la vela que se consume
contemplando el baile de la llama.
La rosa marchita de un gran amor,
aplastada entre las páginas de algún libro.

Soy la nota olvidada
de una vieja canción.
El susurro de un “te amo”
que el viento se llevó.

Soy la eterna enamorada.
La que ama,
sin tiempo,
sin forma,
sin destino.

Viejo mundo, vida nueva

Cuando creces te abres paso, descubriendo
una sociedad feroz
un mundo desatendido
una especie en agonía.

Creces y descubres que el día
se esconde en la oscuridad de la noche.
Creces y descubres un lugar desconocido
que creías conocer.
Creces y comprendes que la vida
solo es un truco de percepción,
y entre esa confusión del bien y el mal,
te pierdes y descubres
que no era blanco o negro sino arcoíris.

Una noche sin estrellas, me topé
con el fantasma de mi infancia,
ese que para protegerme
puso un filtro en mis ojos
pero me dejó vulnerable
ante el viejo mundo que mi nueva vida
tenía que enfrentar.

Ausencia

Tal vez te escriba
y la luna te cante mis poemas.
Tal vez te escriba y puedas escuchar
la voz de mi mente hablándote cerquita.
Tal vez te escriba y pueda
sacar de mi cuerpo todo este dolor.

Quiero que sepas que te veo cada vez que miro el cielo.
En la noche te veo fulgurar,
te veo en el rostro de cada extraño,
te veo en cada etapa lunar,
te veo en los girasoles que siguen al sol
y en las personas que aman a Dios.
Te siento en cada gesto de bondad,
te siento en el color de las flores,
te siento en el aroma de las hierbas,
te siento en cada respirar.
Tal vez me duele tu recuerdo pero sigo esperando verte en
todas las cosas.





Raúl Gutiérrez

Ahora que ya no estás

¿Dónde me quedo ahora que ya no estás?
¿En dónde está mi lugar?
Cuando te fuiste, te llevaste una parte de mí.
Una parte que nunca fui.

¿Qué debo hacer ahora que ya no estás?
No encuentro mi lugar.
Tengo que seguir,
porque veo que la vida sigue sin ti.

¿Por qué te pienso tanto ahora que ya no estás?
No quiero este lugar.
Tengo miedo de olvidar tu voz,
aunque de tus ojos no olvido ni el color.

¿Cómo continuar ahora que ya no estás?
Te quiero en este lugar.
Tantos recuerdos juntos,
y ahora te convertiste en uno.

Cuánto te extraño ahora que ya no estás.
¿Cómo es el lugar dónde estás?
¿Quién está contigo?
¿Dónde estás hace frío?

Ausencia

Me estoy acostumbrando a tu ausencia.
Me duele tanto que sea así,
porque siento que poco a poco entiendo
que tu partida es un recuerdo que se va yendo.

Todavía te encuentro en los detalles.
Yo solo quiero abrazarte con tantas ganas
para juntar de mi corazón aquellas partes
que se rompieron cuando no hubo calma.

Me estoy acostumbrando a tu ausencia.
Y resulta raro, porque hace unos años,
quería que llegara este momento
en donde tu partida no me doliera.

La verdad es que sigue doliendo,
y se que dolerá toda la vida,
pero nos volveremos a ver y ese es el consuelo
que me dejó tu partida.

Me estoy acostumbrando a tu ausencia.



Biblioteca Iberoamericana Rebeca Alday, Rebeca Alday, 2025



enriKetta luissi

Los ex de enriKetta luissi

el *videogame* el puerco el helado el *pipirisnanís*
el macerado en marihuana
el de azúcar el beibi el *nevermore*
el *drive thru* el adicto a la báscula el del eterno simposio
el *fan* de Huitzilopochtli el del presidium el amante de...
el de números complejos el panza con tres ombligos
el del *bondage*
el del *espejito espejito quién es el más hermoso*
enriKetta al masturbarse los saca del congelador





Ana Trussi

Liturgia

Una luz se desgrana
en partículas
sobre el altar,
resbala
sobre la imagen que brilla
en el silencio.
Después
encuentra
el piso
y se diluye
en haces filosos
por las laderas de la montaña
donde se acumulan
las plegarias,
testigos inalterables del pueblo.

Allí
cada súplica
de los siglos
son bocados de la historia
adheridos
a las rocas, símbolos
de la vida cotidiana.
Las velas se sacuden en el recinto
por culpa de la brisa,
tirita el resplandor
cuando un latido desborda
sobre la imagen
y se aquiega en cada pliegue.
La sombra
avanza
en el instante que
tañen una campana,
nada más necesita
para salir y bañarse con los aromas lugareños
escalda la noche
hasta la memoriosa plazoleta
cubierta del recuerdo del bullicio
y se persigna cuando la unción
desliza su miel
en los bancos que huelen a nostalgia.

ELOTES CALIENTES

MEN



A close-up photograph of a banana split dessert. The dessert consists of a banana split into three sections, each topped with a different type of ice cream (likely vanilla, chocolate, and strawberry) and various toppings such as nuts, chocolate sauce, and possibly a drizzle of caramel or honey. The background is dark and out of focus.

18118



Jorge R. Acevedo

Eclipse de Sol, eclipse de Luna

I

Un nuevo maquillaje,
la tenue figura de tu rostro:
boca carnosa , nariz respingada, ceja arqueada.

II

Se apaga el candil, cae por su peso. ¡Salen las cruces de los cementerios! ¡Giran las catapultas!
Salen los murciélagos,
rezan los muertos.

III

Eclipse de sol:
una moneda que gira entre los dedos.

Silenciosamente

Silenciosamente miraré tus ojos,
Silenciosamente cogeré tus manos,
silenciosamente.

Amado Nervo

I

Silenciosamente la sangre
se vuelve óxido y herrumbre,
silenciosamente como las espinas
del erizo.

El puñal es fatal en la oscuridad.
El miedo en el lomo,
el miedo y la soledad.

II

Silenciosamente la lluvia cae sobre el zinc.
¡Oh, sonámbulo aguacero!



Cipolla, Rebecca Alday, 2025.



Wilson Amado

La muerte es quien gana

Encerrado por siempre en una caja mortuoria. Su rostro
palidecido como flores transparentes, sus manos en el pecho
entrelazadas,
y el cabello blanco, desgonzado en su frente.

Yacía aquel día, cuando los ojos
ahogados en llanto,
dejaban caer lágrimas de espanto.
Diáfanos parecen los pensamientos y sueños, que durante
una vida se disfrutaron tanto.

En un costado, un sombrero color blanco,
con una banda negra que rodeaba su corona, era el reflejo de
un recuerdo grato,
que por destellos en nuestra mente asoma.

Son muchas memorias que hoy se aproximan, historias truncadas por el mismo destino, deseos furtivos que abrumaron la vida, reducidos a cuatro tablas, de un material desconocido.

La vida sin la muerte, aunque sean distintas, se portan a veces como dos hermanas, luchan oponiendo resistencia, pero al final de todo la muerte es quien gana.

Sueño de libertad

Baja la sangre guerrera
del último mártir que murió,
por la justicia, la paz duradera
y por un país libre de odio.
El llanto, las voces se calman
y florece un manantial de amor,
cuando brotan las primeras ganas,
de transformar el mundo en una canción.

Fueron largas las noches de batalla
y muchas vidas cegadas.
Fueron tantas las banderas blancas,
que el cese de la guerra aclamaba.

Mis ojos, tras un muro estuvieron un día,
ahogados en llanto y entristecidos,
mientras al otro lado, silbaban las balas
y caían los cuerpos de inocentes y desvalidos.

A mis pies se derrumbó la patria,
y mi corazón se hastío de la maldad,
los pañuelos no alcanzaban para tantas lágrimas
y hasta en una fosa,
cientos de muertos se enterraban.

Y tan pronto como la risa de un niño,
un periódico,
para la historia en sus páginas plasmó,
abajo la violencia y al señor su gloria
y que el sol a los hombres alumbre mejor.

Entonces, solo entonces el turpial cantó
esa alegre y suave tonada,
y abriendo sus alas, al cielo claro se alzó,
como anunciando la bienvenida de una nueva alborada.

Luego sentí mi cuerpo frío y desolado,
y escuché el bullicio confuso de la gente
cuando una gota de lluvia mojó mis labios y el alba se
asomaba al oriente.

Yo desperté con el ansia de volver a dormir
y mis deseos, en los sueños, hacer realidad,
porque la noche fue cómplice del cansancio,
que experimentó mi mente
en su sueño de libertad.

Si pudiera escribir

Si pudiera escribir como un gran maestro
y amar como Dios ama en su silencio,
o pintar como Da Vinci,
o como Gabo ser un gran ilustrado,
tendría que unir mil vidas
en la única vida que me han dado.
Aún sabiendo que el presente,
piensa en el futuro y se olvida del pasado.

Si pudiera escribir dos historias al mismo instante y flotar
entre las palabras,
como una rosa en el viento,
volaría tan alto, donde ni siquiera el recuerdo,
fuera importante para mantener el pensamiento.
Si pudiera escribir más allá de mi pensamiento
y del tuyo juntos, sería como intentar vivir en dos mundos
al mismo tiempo.
Estoy a tu lado como un libro abierto,
leo mi historia para entender lo ocurrido,
navego en un círculo como remolino incierto
y, estando vivo, quisiera estar muerto.
Pero el estar muerto,
no remedia lo vivido.



Sin título, Daniel Calderón, 2025.



Isabel Furini

Sombríos recordatorios

El teatro del mundo arquea
en el alambique de los recordatorios.
Se derriten los recuerdos en la curvas
de la cárcel del tiempo,
balancean las imágenes y decimos:
El pasado fue mejor. Siempre.
¿Siempre?
Siempre la misma historia repetida
en el opaco tatuaje de las horas
obsesivas como un cuadro de Dalí.
Y tan sombrías.

Los poetas antiguos

¡Aquellos poetas!
Escribían versos perversos con la propia sangre
y danzaban, delirantes,
entre cortantes abismos para buscar geométricas rimas.

Imprevisibles,
vivían entre líneas paralelas
persiguiendo negros cuervos entre túmulos de versos.

Aquellos poetas eran indescifrables. Puro enigma.
Todo en ellos era poesía: la respiración, la sangre, las
arterias,
el corazón impetuoso y las retinas.

¡Aquellos poetas!
Obstinados e incomprendidos
grababan antiguos alfabetos en las paredes,
deshojaban flores de fracaso entre las rimas,
ponzoña de rencor entre las letras.

Todo en ellos era poesía compulsiva y letal.
¡Poesía! Todo en ellos era poesía.

Las castañuelas de García Lorca

En los intersticios del silencio sintió como un león furioso
los versos que el viento gitano le traía,
paradojales versos invadían
las salinas de los recuerdos,
disecaban lo efímero,
trituraban tenaces emociones
enlazadas
en las toreadas de la cinco de la tarde
en el pozo de los sentimientos
en el mar interminable de los sueños...

Lorca como un mago vivificaba vocablos,
cincelaba rimas,
navegaba en océanos de ideas y de ideales,
en tropeles los versos se acercaban
castañuelas de madera,
retumbaban en sus oídos y en su alma
- tropeles de ideas
tropeles de emociones.

Navegaba el poeta...
navegaba
por océanos de sueños y osadías.
En el vértice del tiempo subjetivo,
el silencio fue dilacerado.
Retumbó el ruido de las armas,
él levantó la cerviz - pero su boca
se arqueó entre las sombras (asustada)
mientras las balas perforaban su cuerpo.

Hoy sus versos desafían retinas y oídos,
ensanchan sueños,
trituran máscaras instintivas,
alimentan emociones,
viajan por arterias de sueños y de pasiones.
Sus poemas son como castañuelas
- el romancero gitano permanece – como un grito telúrico.



Didier Delgado

Gracias

Gracias por no dejarnos.
Nos acercamos a la marea,
por no enojarte al
llegar llenos de tierra.

Para ser perfecta
nomás te faltó volar,
o tocar el cielo.
En mi imaginación te veía hacerlo.

Corazón indestructible.
Lleno de amor, a escudo
y espada defiendes.
Demuestras tu amor.

No tienes valor para traicionar,
ni para apuñalar.
Eso te hace importante,
toda la vida voy a amarte.

Dueña de mi tierra

Hay un plato en la mesa.
Esfuerzo que vale la pena.
Amar con el corazón es
para valientes
no para cobardes.

Con el corazón amas
y sufres, sana o duele.
No importa,
ella nos ama, y fuerte.

Dueña de mi tierra.
Mis terrenos son de ella.
Solo ella se atreve
a caminar por el desierto,
descalza por mí.

Ningún trofeo vale más la pena
que tener a mi mamá aquí.
Ninguna fortuna paga
el esfuerzo que hace por mí.



Angélica Hermosillo

Me forjaste fragua

Me forjaste
fragua, pinzas, martillo,
todo para el mejor molde.
¿Qué será de mí
cuando tu paciencia esté acabada?
Cuando aceptes que las metas
conseguidas
por mis predecesores no se repetirán.
Cuando tus expectativas caigan
a mis cuidados soportes.
Veré tus ojos de amargura llenarse,
la decepción gobernará tus manos
frente a la escotilla,
y la furia bailará en tu lengua.
Me lo diste todo,
por eso no tengo nada.

¿Qué será de mí
cuando me arrojes al mar,
a este antes amado baúl de hierro vacío?

¿Quién recogerá un arca,
tan pesada,
y sin nombre?

¿Qué será de mí?

Lo percibo,
¡una más en el fondo!
Los peces me azotarán,
me hundirán otros cofres, y aún así intentaré
lo que es contra mi naturaleza:
flotar.

No me rendiré,
no puedo olvidar cómo es ser amada.

Me desprenderé en partes
para aligerarme.

Mi tapa flotará,
emergiendo en la isla de los residuos.

De forma inevitable,
la fatalidad nos va a cruzar,
mis asaderas se van a oxidar por tus burlas,
todos mis logros
los vas a vencer fácilmente
con tu amargura.



María Mures

Siete de julio de 2022

“con toda su muerte a cuestas”

Federico García Lorca

Como ángel levitando
sin mover las alas
que quedaron sobre tu cuerpo.
Sin nadie, ahí, ante tu decisión,
solo tú entrarías en paz
entre los incisivos del mundo
con tu invisible herida
que nadie supo taponar.

¿A qué hora viste
la luz definitiva?
Esa luz que como colibrí
te suspende en el aire,
como cuerda resonando
sólo en tu interior.

Volabas en busca del néctar,
volabas porque la Tierra pesaba.
Lo sabías, tú lo sabías, lo buscaste,
y te fuiste con tu peso del hilo de la vida.



Amelia Apolinario

Muero un poco más

Muero un poco más cada sábado
cuando la falsa ambrosía
anestesia al hueso buitre de Adán.
Dios salve a las discípulas de Prometeo
que, para comer, antes son devoradas.
Con la práctica,
el llanto se hace trino,
eutanasia de un Fénix
polar.

10

Un cuerpo desnudo de mujer, asusta,
es por eso que el hombre corre a esconderse
bajo el mantel–sótana de su madre.

Un cuerpo desnudo de mujer, compromete.
—¿Y si quedase preñada de mis ojos?—.
Mejor no pensarlo, no mirar,
mejor hacerlo un mito...

Erase una vez, un cuerpo desnudo de mujer,
y una rueca, y cien años,
y una nariz infinita y guisantes...

Un cuerpo desnudo de mujer es solo un lienzo
esperando a ser linchado.



Käfer Cañez

He aquí el cuerpo de pecado original

He aquí, el cuerpo del pecado original.
Mi sexo expuesto forja vergüenza, inútil de enmascarar con recelo.

(Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa)

El fruto prohibido escondido entre mis entrañas, anhelado por
aquellos que justifican su deseo con hambre voraz.
(Tomen, y coman todos de él).

Dejen en mi piel y carne heridas profundas, ardiendo sobre mi dolor.
(Tomen, y beban todos de él).

Que la sangre ahogue mis plegarias y ensucie mi alma desdichada.
Abandonado, consumido, destrozado.

Me vuelvo fétido, la carne blanda se marchita mientras busco en el
silencio algún consuelo.

Señor, ¿por qué me has abandonado?





Ana Castañer

Cuando tú duermes

Anoche, amor,
el silencio era el propietario
del remanso vertical de nuestra alcoba.
La cortina sin querer
pugnaba por abrir la pequeña ventana a tientas
y tú dormías,
y yo derramé la mirada
con ternura infinita
por el aura añil
de tu cuerpo en sombras.

Solo quise comprender
el mensaje de la luz que te adorna la frente.
Solo quise embriagarme
del perfume que pervive por tu adentro.
Solo quise descubrir
la constelación de vértigo que representas.

Pero tú dormías,
y yo no me atreví a tocarte.
Tuve miedo de alterar el letargo.
Me asomé al borde del ensueño
y vi que, olas invisibles de mar,
tropezaban contra mi horizonte descalzo.
Perdona que desee contagiarte
la inmensidad del mar.
Perdona que ansié cobijarme en tu pecho.
No sé cómo pedirte
que me dejes vivir eternamente
en la cálida espiral de tus abrazos.

Anoche,
yo bebí, amor,
de tu sueño y tu silencio.

Esperarte

A veces,
en las noches desveladas sin ti
he tomado el rumbo
de la luna y del verso...
porque hay flores,
pájaros,
luces.

Voy a esperarte aquí
a la sombra del roble y sauce amigo,
con ese olor a silencio y a hierba grata.
Voy a esperarte aquí
porque la casa está repleta de rumores,
de cansancio, de prisas y de vacíos.
¡Aquí sin ti las horas son
más largas cada día!
Dame la mano, amor,
para hallar en ti un calor distinto
para ver que en realidad existen
tus besos de mar y escarcha.
Dame la mano, amor,
que quiero borrar
el enigma gris que soy en tu ausencia.

Si supieras
qué maravilloso es el hoy
de estela azul
que me produces.

Mañana

Mañana
no quisiera abrir los ojos
con la desnudez total a que me acostumbran.
No quisiera amanecer
llena de agujones preocupados,
conservando la memoria de un mal sueño,
o animando al vacío de tu ausencia.

Si me desvelo, quisiera hallar,
sencillamente,
tu sol agazapado en mi ventana
bebiéndose de golpe las tinieblas,
rompiendo la infinitud febril
que me limita.
Y así, sentir
en ese instante eclipsado de los siglos,
cómo renazco a la longitud de una vida,
creciendo aventado de silencios amarillos;
cómo llevo gaviotas mudas en las manos
que moldean versos a su antojo.

Mañana...

Mañana no quisiera despertar
con esa ansiedad de luna por la sangre.
Mañana quisiera despertar
con un susurro de besos en silencio.

Todo me habla de ti.

¡Hasta el silencio!





Gerónimo Castro

Mi viejo barrio

Mi viejo barrio cuánto te quiero.
Cierro pupilas para dar ronzal veloz a esa imagen,
ahíto del sueño bíblico que cuelga en la entraña,
lágrimas desbordando aflicción
como negros nubarrones.

Hay pocos recuerdos hermosos de papá,
de mamá, abandona sus senos en brazos de hombre
de lejos, muy lejos, pleno llega el mar del Caribe.
Barcos extranjeros con luminares, extraviánse en nube,
solaz infantil bajo huidas de aguaceros.
A veces, solo a veces,
lloraba porque había caído en algún portal del cielo
donde antiguos barrios hacían historias de aborígenes.

Éramos renuevo en el arte del anhelo de ser cocuyo,
río en la cañada, marabú del campo, cueva de indios.
Cuánto le quiero, Luisa, al llevarte guardada en el baúl del silencio
bajo la neblina camino hacia el malecón
por espacios triviales del Teatro de Céspedes,
por el 1906 con Bola de Nieve Navarro Sariol Alfredo
donde libar del café es algo sórdido e inequívoco ideal.

Iba, sin duda, el cortejo de un cohiba hasta la visita del manglar,
desde el Rojo se escuchaba alguna música de la Original.

Después ir, y darle un beso al *Hippomane mancinella*.
¿Tiempo? ¡Oh, tiempo!

No agonices los siglos del Espejo de paciencia
ni envíes al del caballo azafrán para herir la palma real
o al tocororo que dibuje una Cruz Escarlata.

Quiero ser huésped de tu alborecer en abrazo
y muy humilde bajo columnas de la Glorieta morisca
bañarle con besos, cariño y amor.

Mi viejo barrio le visitó cada segundo eterno
junto a la Estrella del Puerto Real.
Ensanchó una bendición
que diga: en el nombre de Yeshúa, Hijo Altísimo,
¡ruego! Alza Su Faz al guardar mi viejo barrio.

Ómein.



Idalia Cornieles

Acuse al remitente

Amigo, cofrade,
camarada:
tus manos.
Acuso el recibo de tu carta
y respóndeme al instante.

Hoy, al recoger la
correspondencia,
un dolor agudo me
presionó la frente,
la cadera me habló de lluvias,
y dos gotas, descarriadas,
rodaron frenéticas por mi rostro.

Alcé la mirada.
El joven que traía las cartas era
alto, trigueño, fuerte, como un
día lo fuiste tú.
Su sonrisa me turbó, sus dientes
bellos me distrajeron,
y su galantería me dejó sin
aliento.

La carta cayó.
Él, como hábil pelotero, la
recogió al vuelo.
En el sobre:
“Acuse al remitente”.

¡Acusar al remitente! ¡Cuántas
cosas pasaron en quimera!
¡Cuántas heridas en mis sentidos
al ver tu letra impresa
en aquel sobre púrpura
encendido!

Frente al Apolo
recordé tu rostro,
retrasé mi vida
en ese pequeño escenario
escondido.

Me vi sentada en la
primera fila
en la clase de filosofía:

Platón, Aristóteles, San Agustín.
El profesor leía:
“Grande eres Tú, oh
Señor,
y digno de alabanza.
Nos has creado para Ti,
y nuestros corazones
estarán errantes
hasta que descansen en
Ti.”

Pero yo no escuchaba.
Contaba los minutos de
tu ausencia.
Cinco... diez...
¿Cuántos más, Señor, debo
esperar?

Mi corazón latía
inquieto.
Yo, pequeña mortal,
rogaba por paciencia,
pero no era posible.

“¿Dónde estás que no
vienes a mí?”,
me repetía.

“¿Dónde te llamo,
si ya estás en mí?”

El profesor hablaba de
Dios,
yo pensaba en ti.

Mi amor, mi desventura,
mi espera sin consuelo.

El reloj marcaba las siete.
La clase terminaba.
Yo, ausente de filosofía,
solo pensaba en tu
llegada.

Tomé los exámenes,
el tuyo y el mío.
No vi las notas,
solo el reloj,
y el vacío de tu silla.

La segunda clase
comenzaba.
“Estadística aplicada”.
El profesor dibujaba una
campana de Gauss,
y yo desfallecía.

“¡Bachiller!”, gritó.
“Esto no es filosofía,
es matemática.”

Pero yo solo pensaba en
ti.

¿Qué promedio de
tiempo tardarías?
¿Qué hipótesis elaboraba
mi mente?

¿Qué correlación de
variables infringías?

Los meses pasaban como
flores,
como hojas de algarrobo
cayendo.
Tú llegando tarde,
yo esperando.

Nunca me acostumbré
a la eternidad de tus
minutos.

Cinco, diez, quince...
una vida entera en mi
reloj.

Me decías amor,
me decías cariño,
recortabas mi nombre al
hablarme.

Te amé en silencio,
con pasión de niña
que culmina la
adolescencia.

Reí contigo,
lloré tus cinco,
celebré tus veinte.

Tus manos morenas
acariciaban mi rostro,
tus besos eran torrente,
tu angustia, mi martirio.

Y al salir de clase,
siempre decías:

“Mañana, amor, será otro
día.
Casarnos será nuestro
contento,
y ya la espera
será solo alegría.”

Mi vida,
pasión del insurgente,
mi amor,
tintero de la existencia.
¿Qué escritor podría
enloquecerme
si bastaban tus besos
y tus versos?

Mi alma enmudecía,
mis labios rojos se
volvían,
cada célula me devolvía
la vida que la espera
consumía.

Recordé un poema
cautivante:
el tiempo,
dromedario que habla
un idioma diferente,
que nos viste de cenizas
y devora posesiones y
embelesos.
Su majestad nos ofrece
como frutos secos
a la muerte.

Recordé, querido amigo,

ante el adonis de la
correspondencia,
una mañana nubosa,
de aguaceros,
y tú,
con tu paraguas negro,
acudiste a buscarme.
No querías que me
mojara,
ni que mi pelo se
volviera tristeza.

Eran las seis y media.
Tú al trabajo,
yo al mío.
Pero allí estabas,
parado frente a mí,
acobijándome.
¡Cuánta alegría!
¡Cuántos desvelos
acariciaba el alma mía!
Estar juntos
para toda la vida.

Llegó julio,
y con él, el final del
semestre.
La espera en la
universidad

se tornó espera en casa.
Septiembre, octubre,
diciembre...
la espera me lapidaba el
alma.

Tu rostro se desdibujaba
en el espejismo amargo
de tu ausencia.
¿Qué ocurrió?
¿Qué prolongó tu
tardanza?
Te fuiste como polvo al
viento,
yo quedé como tornado
muerto.
No hubo un “sí”,
un “no sé”,
un p2or qué”.
Solo te fuiste,
y yo quedé en silencio,
yerta,
extinta,
sin el anuncio de tu
partida.

Un día cualquiera,
un golpe seco,
quemó mis manos

y mis íntimos momentos.
Allí estabas tú,
en una calle estrecha,
de una ciudad cualquiera.
De tu brazo,
una dama se pavoneaba.
¿Novia? ¿Esposa?
No lo sé.
Su vientre abultado
hablaba.
Y recordé la máxima:
nunca la novia del
estudiante
fue la esposa del
graduado.

Cerré con fuerza
esa etapa de mi vida.

A los veinte, treinta,
o más años,
nos vimos.
Ya mi cabello no estaba
al viento,
mi vida estaba
complicada
con el tiempo,
la brisa,
la melancolía.



Sin título, Rebecca Alday, 2024.

Mis pasos,
otrora firmes,
vacilaban como péndulo
oscilante.

Y en tu rostro...
una sonrisa triste,
como ironía.

Tus brazos,
mi antiguo delirio,
quisieron abrazarme.
Sentí un fuego lacerante
y los rechacé.

Tu boca,
que con fuego me enseñó
a jugar,
estaba mustia,
retorcida,
con la senectud del
tiempo.

Tu voz,
aquella voz galanteada,
me resultó falsa,
repugnante.

Y ahora,
puedo responder tu
misiva.

Tal vez odiosa,
horrible,
arrogante.

No me vengo de ti,
cariño mío.

Te dije una vez,
cuando llegaste tarde,
que cinco, diez, quince
minutos
me apedrearon.
¿Qué se supone
me hicieron los años
y la espera indefinida
en la ventana de una casa
vieja?

Cuando se fue aquel
adonis
veinteañero,
me miré al espejo.
Vi mi cara mustia.
No era la faz de la niña
con una pequeña
angustia.
Era el rostro del dolor del
mundo,
aún no tolerado.

Bajé los ojos
ante el espejo cruel.
Recordé cuando dijiste:
—Hay tiempo todavía,
mi vida.
Y añadiste:
—Me alejé por una burla
del destino,
una tentación con ironía.
Quise jugar con fuego
y me quemé.
Mis alas se volvieron
plomo,
y quedé atrapado
como pájaro enjaulado
en el alma de otra.

¡Oh, compañero!,
te digo hoy con premura:
¡Oh, evocación del
pasado yerto!
¿Cómo te atreves a jugar
si ya ni para eso
tienes cartas buenas?

No me tientes,
no necesito a Satán.
Me basta mirar tu cara
envejecida

para renunciar a toda
tentación.
Aunque quisiera
ampararte,
ni en la hoguera
quedan leños
que calienten el sillón
donde te sientas.

Yo sigo en la ventana.
He aprendido la rutina:
esperar,
esperar.
Tal vez al tiempo,
sin esperar del tiempo
tu venida.

A veces veo un paraguas
negro
entre los árboles,
y sonrío tenue:
es el hombre
que enciende los faroles
de la calle.

Hoy,
cuando vi al cartero
adolescente,
recordé el tiempo de la

espera,
las extintas horas.
¿Sabes una cosa?
La traición se ha pagado
con la muerte,
y con la muerte
cobramos lo pendiente.

Si recuerdas la clase de
estadística: la sumatoria
de ceros da cero.
Y cero no es deuda por
pagar. Así que en calma
y en paz descansa.
Nada queda.
Fue solo un fugaz
recuerdo que me trajo
aquel cartero
adolescente.

Por eso te respondo.
Ni me debes, ni te debo.
Ya ni un sorbo de té
pruebo de ti.
Aquel amor fue solo de
tinteros, de miradas,
de dulces embelesos,
de largas esperas y

desvelos.
Fue infantil, adolescente,
sin esencia.

Al abandonarme,
dejabas un té negro
que la brisa secaría.
Era una niña, quizás
adolescente. Y tú sabes
que la mocedad olvida
todo.

Me dolió el alma,
me dolió la vida,
pero eso le pasa
a todo mozalbete.

Adiós, cofrade mío.
No hay nada que decir,
nada que dilucidar,
nada que acusar.
Que esta carta baste para
ti, que esta carta baste
para mí.

Son ecos de un cariño
sonoro que nació y no
creció.

La planta sin raíz
maltrata, como la boca
desdentada hiere el
mendrugo.

Es posible que allá,
donde todo pierde
sentido, quizás algún día
pueda hallarte.
Te miraré
como una niña
que perdió un juguete
y puede encontrarlo
en cualquier juguetería.

Si perdiste el tuyo,
búscalos en las de lujo.
En las baratas no se
encuentra. Es costoso,
casi no se roza,
y no se halla en
bagatelas. No te acuso.
No hay rencor,
no hay tristeza.
Solo un adiós
definitivo
y justo.

Porque el tiempo,
viejo aliado,
nos permite olvidar
lo que nos tienta.

Y yo...ya no recuerdo
nada, ni siquiera el
nombre que llevabas.

Supe de tu muerte.
No me dolió.
No te conozco.
Ni recuerdo tu sonrisa.
Eres solo una brizna
lanzada al viento,
un sueño entre espinas
esparcido.

Por eso,
al acusar tu carta,
te respondo
como amigo,
compañero,
cofrade,
o camarada.



Fabio Aiolfi

Los infinitos

Atrás quedaron los infinitos.
Viviendo sueños
y creando versos,
versando sin versar.

Manos vacías y
pies descalzos,
conducen al destino
donde me encuentro.

Son tantos los infinitos
que insisto, suplico:
no quiero versar más.

Y, sin miedo, espero...
el camino a través de
pasajes de algún abstracto
violeta.

Un infinito a la vez,
para no vivir
en brazos de un destino
Omnipresente.

NARRATIVA





Los cuentos del mastuerzo

Luis Alberto Serrano

Recuerdo la frase de mi abuelo: “eres más fresco que mastuerzo en verano”. En los años del exilio, trabajó muchos años en las plantaciones del sur de México donde cada cierto tiempo le mandaba una carta a mi abuela en la que, con su caligrafía exquisita y sus dotes literarios, le relataba un cuento con esa planta como protagonista para que me lo leyera por las noches. Cosa que la Yaya hacía con emoción. Y así pasaron los años en los que crecí aprendiendo de esas motivadoras historias. Nunca conocí a mi abuelo en persona, pero a través de sus escritos, considero que es la persona que más me ha enseñado en esta vida.

Tuvo que dejar su Firgas natal por motivos políticos. Nunca más volvió, como muchos, aunque mi abuela siempre le esperó. Alguna noticia nos llegó de que una hondureña le había robado el corazón y no supimos más de él. Un día dejamos de recibir noticias y no hubo más cartas. Hace unos años y, aunque parezca increíble, a través de mi nieto que estaba haciendo un trabajo que le encargó la maestra en el colegio, me enteré de que el mastuerzo es el berro nuestro de toda la vida. Ese que él me ayudaba a cortar en temporada para nuestras ensaladas. Le hablé de los cuentos del “abuelo de América”, como le llamamos en esta familia todavía, y me propuse hacer crecer al niño con los mismos relatos.

Busqué las cartas que mi abuela me cedió poco antes de dejarnos. Las había conservado en una caja en la que se podía ver un corazón, desgastado por el

tiempo, en la tapa superior. Una por una, y con lágrimas en todas, fui releyendo esos mensajes postales, viendo la única foto que conservábamos de él. Decidí reescribirlos cambiando la palabra “mastuerzo” por la de “berro”, para que lo entendiera y lo ubicase mejor. Esos conocimientos pasaron de la imaginación de mi abuelo a la traducción que le hice a mi nieto.

Esta semana fue mi setenta cumpleaños. Se juntó toda la familia, aunque éramos pocos, porque nunca hemos sido de tener muchos chiquillos. Pero al llegar el momento de los regalos, todos estaban expectantes por ver mi reacción: un paquete perfectamente envuelto. Parecía un libro. Lo abrí y no pude contener la emoción. En la portada estaba una foto de mi abuelo y mi abuela juntos. No la había visto nunca; ni sé cómo la consiguieron. Mi nieto había organizado todos los cuentos que yo le había traducido, y los había “destraducido” para que fueran fieles al original de las cartas.

En la portada rezaba su título: *Los cuentos del mastuerzo*.



El vaivén

Rafael Soto

Como era costumbre cada verano, buscábamos con la mirada la línea que separa el cielo y el mar. Sin embargo, desde los asientos traseros del coche, mi hermano y yo solo divisamos los tonos blanquecinos y ocres de los edificios que nos separaban de la playa.

Habíamos sufrido una hora y media de calor y aburrimiento contenido. Lo único que evitaba nuestro amotinamiento era la promesa de visitar la playa aquella misma tarde y de adquirir unos buñuelos por la noche. Por fin, cuando la situación parecía desesperada, logramos encontrar un aparcamiento en un lugar cercano al apartamento de nuestros abuelos. De hecho, nuestros padres salieron disparados hacia el maletero, lo abrieron e hicieron el reparto de bártulos. Como no podía ser de otra manera, no solo cargamos con nuestras pequeñas maletas, sino que también nos cayeron pequeñas bolsas y una sombrilla.

De esta manera, cargados y fastidiados, nos dirigimos hacia el apartamento. La verdad es que los abuelos nos recibieron con calidez, pero también con brevedad. Había empezado una película en la televisión y nuestros padres eran ya mayorcitos como para acomodarnos sin molestarlos. En un momento dado, pregunté qué veían, y me despacharon con la brevíssima indicación de que era de su época. Nada más.

Me dirigí a la habitación que nos habían asignado y mi hermano y yo nos

repartimos las camas. Por supuesto, como era el mayor, se quedó con la mejor. Sin embargo, yo acababa de cumplir once años y, como me sentía toda una mujer, exigí la privacidad de una habitación propia o, al menos, una cama mejor. No obstante, mis padres no estaban por la labor de atender a mis justas reivindicaciones.

En el salón, mis abuelos aprovecharon una pausa para ponernos la merienda: un pescadito de nata y un vaso de leche con cacao para cada uno. Los adultos se dedicaron al noble arte de hablar sobre cuestiones insustanciales, y callaron cuando acabó la publicidad. La película era larga, y hablaba de príncipes, amores y guerras. También me llamaba la atención el vestuario. Es más, admito que fantaseaba con probarme aquellos vestidos de época que tanto romantizaba el cine, y bailar. Aquellos bailes me parecían una realidad hipnótica, un vaivén constante en el que cada paso es diferente al anterior por algún detalle, por un cambio de plano, por cualquier acción más o menos relevante de los actores.

Yo no entendía mucho, más allá de las lógicas de los dramas amorosos. Tampoco me esforzaba demasiado. En realidad, esperábamos con resignación a que mis padres acabaran sus tareas para poder irnos. Por fin, dejamos a mis abuelos con su cine de antaño y nos dirigimos a la playa. Mi hermano y yo disfrutamos de aquella tarde calurosa en la playa bajo la atenta mirada de nuestros padres, que descansaban sentados junto a la sombrilla. En un momento dado, dirigí la mirada hacia las olas. No sé explicar la causa, pero asocié el vaivén de las olas con el de los bailes de la película que veían mis abuelos. Un movimiento lento en apariencia y, sin embargo, inevitable.

Ahora, observo a mis hijos desde la sombrilla y se me vienen estos recuerdos.

Los dos juegan en la orilla, todavía muy niños. En cuanto encuentran su oportunidad, se hacen ahogadillas o se echan agua en la cara. Lo lógico, supongo. Como nos pasaba a mi hermano y a mí. El vaivén.

Mis padres alquilan un piso todos los años y nosotros echamos unos días con ellos, continuando lo que empieza a parecerme una tradición familiar. En mis recuerdos, la noche era lo mejor de las vacaciones porque lo asocio con el dulce y las cenas familiares. Noches con olor a mar y buñuelos. Por las tardes, tras la siesta, nos sentamos para merendar en el salón, alrededor de la película que transmitan en la televisión en ese momento. Al igual que entonces, los niños esperan con inquietud el momento en que los dejaremos salir y yo, dentro de lo que me dejan, disfruto de la tarde en familia.

Pero ahora observo a los niños desde la sombrilla y me da por mirar las olas. Recuerdo los bailes de salón de las películas y se me vienen a la cabeza los movimientos de vaivén que nos trae la vida. Quizá, en parte, vivir es repetir patrones que nunca son del todo idénticos. Un vaivén, supongo.

REBELDE Y
LA BARCELONA
OBREERA
Y REBELDE
A DADDY LION



Extraterrestres y alienígenas

Fautino Pérez

Dos semanas después de la invasión, el planeta ya no era como lo conocíamos —o como lo estudiaron, da igual—. El objeto no identificado (Antropo-H) que iba en dirección al Sol —el cual resultó ser el transporte de dicha comunidad—, se desvió hacia nosotros con el objetivo secundario de controlar la raza y ejercer mandato, típico de su clase. Lo peor de todo: ya no quedan vacas, y por consiguiente, tampoco leche.

Miércoles, 29 de octubre de 2025. A altas horas de la noche, estando a punto de cazar una ternera, parecía que Saturno se me venía encima. Primero fue un destello, y luego una enorme nave puntiaguda, de una extraña tecnología, aterrizó frente a mis fosas nasales con grandes ondas de aire y vapor.

Catorce días después, incrustaron su bandera en el punto más alto y nada volvió a ser como antes. Levantaron fábricas gigantescas que contaminaron el aire, plagaron de basura las corrientes vitales para subsistir. Todo se volvió oscuro, muerto, y de nosotros aún faltó yo, arrodillado en la plaza central, con los focos de un láser apuntándome el cerebro, mientras uno de los forasteros cuenta con destino al tres.

No es necesario que hable de mí, tal vez nos conocen más que nosotros mismos, y quisiera ahorrarme hablar de leche y vacas, pues no queda una desde que ellos salieron de esa nave y pisaron este planeta. Desde hacía

tiempo se había previsto el saqueo del ganado vacuno, “los alienígenas están escasos de su carne”. Entonces se supo que nuestro futuro estaba perdido.

— Saludos, extraterrestres —es de lo poco que han hablado hasta hoy, en un lenguaje extrañamente pegajoso.

Caminaban en posición vertical, llevando trajes y máscaras blancas, y un arma al tórax. Flexionaban sus largas extremidades.

Por más estupefacto que pude haber quedado, advertí que se trataba de ellos: la especie más temida entre los mundos por su voraz ambición y sentido del mal. Me pregunto si, al igual que nosotros, habrán advertido algún objeto extraño en el espacio, avanzando con dirección cercana a su planeta, y en el instante en que se corriera la noticia gritaran: “¡La llegada de los extraterrestres se avecina, el fin del mundo está cerca!”.

Dos semanas después de la invasión, solo quedan cenizas. Lo que una vez fue un lugar habitable y lleno de alienígenas bípedos —o como aquí, ahora, los extraterrestres—, queda exterminado al contar hasta tres, sobre la plaza central, de un disparo al encéfalo.



Raíces profundas

José Molina

Al quebrar los últimos vientos del atardecer, Matías miró a su hijo y vio cómo la noche se dormía en sus ojos infantiles y profundos. Lo observó en silencio, callado como la hierba que descansaba a sus pies, y no pudo entender del todo que aquel hombrecito, mitad niño, mitad diablillo, formara parte de su vida, como su aliento o sus manos.

Bajo el cielo en duelo, enlutado en lo alto, Matías sintió renacer su memoria. Cada año, cada uno de los siete años de su hijo, era tiempo de su tiempo, una etapa más en el resumen de su historia más reciente; quizás el periodo más amargo de su vida, en el que la desdicha y la miseria habían asolado a su familia, pero también el tramo de su existencia durante el cual con mayor intensidad había experimentado su espíritu luchador y su hombría, su satisfacción inmensa de ver crecer a su lado a ese pequeño orgullo de expresión frágil y traviesa, a quien había entregado su cuerpo y su alma. “¡Dios mío, ya siete años”, se dijo a sí mismo Matías, mientras un tenue cántico de estrellas rodeaba la cima oscura del firmamento. Difícilmente podía creer que tantos días sucediéndose uno a uno hubiesen transcurrido ya, con aquella vertiginosa rapidez. Habían sido tantos los hechos sucedidos, los acontecimientos vividos, que no era posible imaginar que todo aquello ya solo formara parte del recuerdo. En el transcurso de esos años él y los suyos habían pasado del esplendor a la pobreza, del deseo a la desesperanza, del valor al miedo, del pasado al presente. Únicamente algo había permanecido siempre junto a ellos: sus raíces silenciosas, arraigadas en sus corazones

.....

sueños inmortales, sus tradiciones asentadas desde la lejana noche de los tiempos, esa especie de árbol imaginario que, al nacer, cada uno plantaba en su alma para dejar sellada la pertenencia a sí mismo y a ese pueblo al que todos rendían enamorado culto.

Por encima de la felicidad o de la desgracia, Matías supo que ese sentimiento se heredaba de generación en generación, de años en años. Entendió que, aun habiéndolo perdido todo, nada había conseguido aún arrebatarle cuanto celosamente guardaba dentro de sí. Su gran tesoro, compendio de ritos y costumbres ancestrales, había logrado consolar el vacío de sus manos, envejecidas y temblorosas. Si una voluntad desconocida le había hecho caer más bajo que esa tierra árida y sombría que ya no se dejaba cultivar, su orgullo de hombre seguía firme, indestructible, porque a ello le daba derecho su pensamiento prendido en las raíces del viento. Y Matías miró de nuevo a su hijo, dormido a las orillas de sus pies.

Fijó su luz en él, tal vez del mismo modo que su padre le había mirado a él cualquier noche como aquella cargada de estrellas radiantes y fugaces. Al contemplar la imagen de aquel niño, dulcemente arropado bajo el cielo desnudo, Matías temió por él como nunca antes había temido. Tan difícil en aquellos momentos le parecía el hecho de su vida, que no podía por menos que sentir ese miedo rabioso de los que apenas si creen ya en las cosas; miedo y vergüenza, porque bien sabía que, cuando a su hijo le llegara la hora de ejercer su propia vocación, no tendría nada que darle. Lo único que podía preferirle era aquello que permanecía en lo más profundo de su ser, la misma herencia que él había recibido y que le aferraba a la tradición de su tierra y de

.....

sus gentes. Pero no tenía Matías la absoluta certeza de que eso le bastara a su hijo. Quién podía asegurar que, en el fondo de esa nueva generación que se avecinaba, no palpitara un nuevo sentimiento, una forma distinta de subsistir y de creer. Tal vez incluso, como tantos otros, su pequeño niño, su hermosa esperanza de siete años, ni siquiera tendría el deseo de plantar el árbol en cuyas raíces se halla el espíritu de todo su pueblo hundido en el abismo de la historia.

Mientras la oscuridad seguía su camino por entre las sombras nocturnas, el pensamiento de Matías no cejaba en su afán por comprender su destino y el de los suyos. Observaba sus campos baldíos, grises y aletargados, como si la sequía los hubiese cruelmente palidecido. Observaba su casa blanca como un nido de algodón, encalada toda ella para que el sol se enredara en su cuerpo con sus cintas de luz dorada. Siempre, desde que tuvo uso de razón, sus ojos no habían visto ni conocido otra cosa. Allí, en medio de aquel paisaje sereno, había nacido, había crecido como una espiga rebosante de vida, y se había forjado su inmenso corazón, trabajador y sufrido. Pero bien sabe Dios, pensó Matías, que no habría de permitir que su hijo se consumiera, como él, viendo año tras años cómo la pobreza se adueñaba de todo. Antes se dejaría arrancar la piel que dejar que la miseria asolara a quien más amaba. Y, sin embargo, haría cuanto estuviera en sus manos para que su pequeño diablillo no olvidara ni aquella tierra ni aquella casa, ni ese mundo escrito en el aire de aquel lugar asentado en los confines del tiempo.

“Cuando despierte —se dijo—, lo acompañaré hasta la orilla del río, donde crecen la hierba y las amapolas, y lo ayudaré a plantar su árbol, el más grande y frondoso de cuantos hayan sido plantados jamás”.

Nadie mejor que Matías sabía que la dignidad y la fortaleza de un hombre están por encima de su miseria. Están en su origen, en su pasado y en su presente unido a ellos. Por esa razón, no solo deseaba que su hijo no cayera en el pozo negro de la penuria, sino que alimentaba además la esperanza de que su corazón fuera sembrado en las raíces profundas de su pueblo. Ansiaba Matías que así sucediera, porque solo arraigado en el tiempo, sabedor de su identidad y de su pasado, lograría algún día ser consciente de su propio destino. Y de nuevo bajó los ojos para contemplar su dulce sueño, infantil y travieso, e imaginó que crecía primavera tras primavera conservando en lo más hondo de sí el rito, la tradición y las costumbres de sus gentes, como señal inequívoca de que también él formaba parte de ellas. Sonrió mientras lo contemplaba, y dejó que algunas lágrimas brotasen de su mirada, como diminutos destellos de felicidad. La noche se fue difuminando bajo el fuego celeste del amanecer.

Matías, junto a su hijo —adormecidos los dos— soñaban con el largo tiempo que aún les quedaba por vivir.

A todos aquellos a los que la miseria, la insensatez o la violencia han condenado a vivir en el destierro.



El lienzo

Cristian Guevara

Francisco llevaba años viviendo en solitario, encerrado en un estudio que olía a óleo viejo, tela cruda y polvo de décadas. Era un pintor como los de antes, de esos que aún se manchaban los dedos y lloraban desesperados por falta de ideas frente a un lienzo en blanco como quien llora frente a una tumba. Internet había sustituido a los marchantes, las galerías eran ahora digitales, y el arte se vendía como se vende una camiseta con filtros y algoritmos.

Lo intentaba. Cambiaba de técnica, de estilo, de trazo. Se apuntaba a ferias y concursos. A veces vendía uno o dos cuadros al mes; otras veces, nada. Dormía con hambre, y soñaba con Da Vinci, Goya, y Van Gogh, a quienes creía entender cada vez más. La locura no parecía ya una consecuencia del genio, sino una condición previa para poder seguir creando.

Una tarde, en medio de una caminata sin rumbo, buscando inspiración o, tal vez, simplemente distracción, se adentró en una callejuela que no recordaba haber visto antes. Ahí, en una tienda que parecía un mausoleo decrepito lo encontró: un caballete tallado en madera oscura, retorcido con filigranas góticas, casi orgánicas, como si hubiera brotado de una pesadilla barroca.

El anciano que lo atendió tenía una voz quebradiza, pero su mirada era más firme que la de cualquier hombre cuerdo.

— Ese caballete....—dijo, mientras lo acariciaba como quien acaricia a un viejo amigo enfermo—, no es solo un objeto. Ofrece belleza, realidad. Pero

.....

todo arte, señor, exige un precio.

— ¿Qué clase de precio?

— Todo lienzo que usted pinte en ese caballete se hará realidad...pero lo real no se puede deshacer. Recuerde que el arte es una promesa irreversible.

Francisco, que ya no tenía nada que perder, pagó sin discutir. Y se lo llevó a casa.

Las primeras noches pintó su estudio: más grande, más luminoso, muebles cómodos, cocina funcional. A medida que el pincel trazaba los detalles, la realidad se moldeaba. Los cambios eran sutiles en un principio, pero pronto se hicieron demasiado evidentes. Luego pintó comida, una cuenta bancaria y, al final, una exposición exitosa solo con sus obras.

Después vinieron los retratos: admiradores, colegas, entrevistas, mujeres, risas, champaña.

Aun así, Francisco se seguía sintiendo solo.

Amanda fue el siguiente trazo. La mujer perfecta. No en el sentido banal, sino en el sentido más personal. Ella era exactamente lo que Francisco siempre había anhelado y jamás había podido tener. También pintó un labrador de orejas grandes y tristes, igual al que tuvo en la infancia y que murió atropellado cuando Francisco tenía apenas ocho años.

.....

Vivieron juntos los tres. Y Francisco decidió descansar unos días del arte. En las noches, Amanda y él contemplaban las estrellas desde el tejado del estudio. A veces hablaban del futuro; otras, simplemente, se tomaban de las manos y se besaban con pasión. Pero una noche, mientras conversaban de mejores futuros bajo la luna, justo después de unos ladridos provenientes del estudio, resonó un golpe de madera. Amanda se quedó en silencio. Su rostro se endureció. Comenzó a crujir; luego, a temblar. Y sin aviso, su cuerpo se desgarró con un sonido que Francisco jamás olvidaría, como si alguien hubiese rasgado una hoja de papel.

Su piel se deshizo. Sus brazos fueron arrancados por una fuerza invisible. Solo quedaron pedazos de carne sobre la azotea, como si fuese una obra mal pintada de horror corpóreo... como si se estuviera descomponiendo por errores de trazo. Cuando Francisco reaccionó, gritó. Corrió e intentó alcanzarla, pero Amanda ya no estaba. El perro gruñó desde el estudio, y Francisco, con una mirada aterrada, malsana, entendió lo que estaba sucediendo. Tragó saliva y corrió a su taller, pero antes de alcanzar las escaleras, la misma fuerza invisible que destrozó a Amanda, empezó a destrozarlo. Él aulló de dolor, y antes de perder la conciencia, escuchó el chillido del canino.

Lo último que Francisco detalló fue el perro con un pedazo de lienzo en la boca. Días después, alertados por los vecinos debido a un penetrante olor a putrefacción, la policía ingresó al estudio.

Encontraron tres cuerpos: uno masculino, uno femenino y uno canino. Todos destrozados, hechos pedazos. No por algún cuchillo ni un arma. No. Parecían



haber sido...desdibujados. Rasgados. En el centro del taller, cerca del cuerpo del canino, estaba un caballete arrojado con un lienzo destrozado por las mordeduras de un animal. Cuando los policías detallaron los pedazos de lienzo, observaron con una fijeza horrida que las heridas de las tres víctimas del lugar coincidían con los daños en la pintura.





Sobrevivir(se)

Jonathan Cucunubo

— No quiero estar aquí —digo.

— Lo sé —respondo.

Silencio.

— Pero tampoco puedes irte —me digo.

— También lo sé.

Llevo años teniendo esta conversación. No es un diálogo, aunque lo parezca. No hay dos voces, no hay dos personas. Solo estoy yo, fracturado, dividido, desgarrado en una guerra sin fin entre el que quiere desaparecer y el que insiste en sostenerse. El problema es simple. No quiero vivir, pero tampoco quiero morir. O quizás, más bien, no puedo. Lo he intentado. Lo hemos intentado. Lo sabes. Lo sé. Lo sabemos.

Cada vez que acaricié la idea de desaparecer, algo me detuvo. A veces, fue el miedo; a veces, la imagen de mi madre recogiendo los restos; y otras, simplemente, la imposibilidad biológica de saltar, de tragarse, de apretar con suficiente fuerza. El cuerpo es un traidor: se aferra a la vida aunque la mente pida lo contrario.

— Entonces, ¿qué hacemos?

— Sobrevivir.

— ¿Eso es todo?

— Eso es todo.

Y así pasamos los días. Yo y yo. El que no quiere estar y el que no puede irse. Compartimos el mismo cuerpo, el mismo insomnio, el mismo tedio. Nos turnamos para fingir que estamos bien. A veces gana uno, a veces el otro; aunque nunca del todo. La gente cree que existir es algo que sucede por defecto. Respirar, comer, dormir, trabajar. Como si estar vivos no fuera un trabajo agotador. Como si no requiriera un esfuerzo brutal sostenerse en pie cuando todo dentro de uno grita “¡Basta!”.

— Podríamos intentarlo una vez más —propongo.

— Sabes que no funcionará.

Y es verdad. No hay salida. Lo hemos buscado en todas partes: en los libros, la filosofía, la espiritualidad, los amores fugaces, los viajes, los excesos. Lo intentamos todo, y aquí estamos.

— Entonces, ¿solo queda esto? —pregunto.

— Sí. Respirar, mirar, esperar.

¿Esperar qué? No lo sé. Nadie lo sabe. Quizá que pase el día, que pase la vida, que pase el mundo. Quizá esperar que un día la voz cansada se apague, o que la otra se rinda. O quizás ninguna lo haga. Tal vez esta es la condena: ser dos dentro de uno, vivir y no querer vivir, al mismo tiempo.

Afueras la gente camina, compra, y sonríe. Desconocen la guerra que ocurre



en los cuerpos de quienes sobreviven a sí mismos. No es tristeza ni depresión. Es algo más antiguo, más primitivo, más hondo: el peso brutal de existir.

— Seguimos —digo.

— Seguimos.

Y así, otro día.





Paseando por la ciudad de Teruel

Ana Pobo

Un recordado periodista y poeta mexicano, Renato Leduc, escribió un poema dedicado al tiempo, cuyas primeras líneas decían así:

"Sabia virtud de conocer el tiempo: a tiempo de amar y desatarse a tiempo. Como dice el refrán: dar tiempo al tiempo...que de amor y dolor alivia el tiempo...".

A propósito de esta magnitud física fundamental, la artista española Ana Pobo "Anuska" se convierte en una auténtica cazadora del tránsito de los

“Cazadora del tiempo”

Cut Domínguez

años con las fotografías que forman parte de su colección “El paso del Tiempo” y que, en exclusiva, presentamos para Contractopía.

Algunas imágenes son capaces de desplegar un cúmulo de lecturas. Están ahí en el umbral de lo visible, en lo que aparece en medio de las sombras, son ellas las que sorprenden al ojo alerta. "Anuska", cazadora del tiempo, descubre aquello que recorre por sus inquietudes, fantasías e imaginaciones.

El acto mismo de encuadrar busca, desde un principio, un sentido, una dirección que filtre el espeso líquido del paso de la vida, de lo que regodea en la realidad y que forma parte de ella sin más.



Sin título. Ana Pobo, Teruel, España.



Sin título. Ana Pobo, Teruel, España.



Sin título. Ana Pobo, Teruel, España.



“La mirada es la interfaz silenciosa del ser que quiere ser entendido”

Miradas

Daniel Calderón

Si bien la vista comprende uno de los sentidos primordiales del ser, es esta la que nos permite el ejercicio de apreciación más complejo que puede haber: la contemplación, un extraño fenómeno de observancia que nos otorga comprensión del entorno, el entendimiento sobre nosotros y quienes nos rodean. ¿Es, pues, la mirada una herramienta social?

Las miradas comunican emociones, sentires y anhelos.

Lo que callan los labios, la mirada puede decirlo. Hay miradas que gritan, suspiran, callan y lloran. Las hay que guardan secretos y otras que dicen todo lo que pensamos. Son retrato de nuestro sentir y máscaras de nuestros pensamientos.

La mirada es la interfaz silenciosa del ser que quiere ser entendido, así como un reflejo activo del entendimiento del mundo que atisba.

Fotografía química

Es también denominada “fotografía análoga”. Se ha dicho que es el arte de pintar con luz, inclusive declarada un milagro químico. Es, en pocas palabras, la articulada discriminación de la luz sobre una película de celulosa con sales de plata en una cámara oscura.

Son las cámaras, las herramientas primordiales de este ejercicio. Sin embargo, quienes protagonizan esta dupla son sin duda los rollos de film que, tras ser sometidos a un proceso de revelado, nos permiten observar aquello que la mirada contempló.

Minolta SR-T 101 (modelo)
Fujifilm 400 (rollo)
Fototécnica Unicolor (laboratorio)



Miradas I. Daniel Calderón.



Miradas II. Daniel Calderón.



Miradas III. Daniel Calderón.



C O L U M N A S

La educación tradicional: un gran limitante a la creatividad



Alejandro Schnarch

Como se sabe, hay numerosos obstáculos que se oponen a la creatividad y, tal vez, uno de los más notorios son los modelos educativos imperantes que, lejos de motivarla, la frenan e inhiben desde el preescolar hasta la educación superior.

Marta Falcón en un excelente artículo relata lo que ha sucedido frecuentemente: “De pequeñita yo era una niña llena de creatividad y a tope de imaginación. Pero después me tocó ir a la escuela, donde había que recortar por la línea de puntos, y pobre de ti como te salieses por fuera de la línea al pintar. Poco a poco, te van encajando en un grupo, a ti y a todos. Te ponen deberes en los que solo hay una respuesta correcta y te hacen pasar exámenes estándar. Para cuando me di cuenta, habían pasado 20 años, había finalizado todos mis estudios y de repente me pregunté qué había sido de aquella niña tan creativa a la que se le ocurrían cosas geniales”² “¡Las escuela matan la creatividad!”, decía Sir Ken Robinson.

En efecto, al entrar a la escuela, el movimiento se transforma en inactividad, el mundo real en papel, materias y libros; las experiencias se cambian por los discursos de los maestros, incluso la naturaleza se ve en fotos. Se habla de culturas distantes en el tiempo y espacio; hay una desvinculación total entre la teoría y la práctica... falsas dicotomías: el patio para jugar y el salón de

²Marta Falcón: **Por qué la escuela acaba con la creatividad.** 12 octubre 2018 <https://martaefalcon.com/por-que-la-escuela-acaba-con-la-creatividad/>

.....

clases para estudiar. El modelo de educación presente, en la mayoría de los países, no estimula a los estudiantes lo suficiente como para pensar, crear, innovar o imaginar.

Durante mucho tiempo se postuló que aprender era acumular datos en la memoria y la enseñanza estuvo basada en la clase tradicional o textos, donde el protagonista era el erudito profesor, poseedor de la sapiencia, guardián de las verdades del pasado que se dignaba a transmitir a sus alumnos, quienes asumían una actitud pasiva, solo escuchando, ejercitando la percepción y memoria. Este método que, en el peor de los casos, se reducía a una poca estimulante repetición monótona de papeles amarillentos por el tiempo y, en la mejor de las posibilidades, a una charla amena, no siempre de alto contenido. Se le daba más importancia a saber cosas que a saber hacer cosas.

Es importante destacar que cuando hablamos de los modelos educativos, no nos referimos exclusivamente a la escuela, sino que también a la llamada educación superior, profesional e incluso posgrados, en que esa realidad, con algunas variantes, se repite.

Además, las nuevas tecnologías, producto de la Cuarta Revolución Industrial y la sociedad 4.0, han modificado drásticamente nuestros comportamientos en comunicarnos, comprar, vender, estudiar, divertirnos e informarnos. Cambios que se vieron acelerados con la pandemia; sin embargo, la educación, salvo por la virtualidad, no ha asumido los nuevos retos. Gran parte de lo que se enseña ahora lo hará mejor la Inteligencia Artificial en unos años: desde escribir sin errores hasta estudiar historias clínicas para, a través de análisis químico-físicos, detectar enfermedades.

Esto hace que la educación deba asumir, en esta nueva situación, que el

concepto mismo de enseñanza más bien tiene que ser un proceso de aprendizaje, es decir, tomar conciencia que el educador moderno no enseña, sino que guía el aprendizaje. No da conocimientos, sino que señala hábilmente el camino para descubrirlos, construirlos y conquistarlos.

La enseñanza está siendo orientada en ese sentido y como principio la metodología a utilizar es que el estudiante adquiera conocimientos que posibiliten los cambios de actitud necesarios al futuro profesional, que le permitan tener contacto con la realidad, que adquiera elementos para el desarrollo de procesos de investigación y, fundamentalmente, que adquiera capacidad para el análisis conceptual que le permita identificar problemas y aportar sus respectivas soluciones.

Resulta mucho más substancial para el futuro profesional poseer la capacidad, habilidad o destreza para descubrir o conocer la información que necesita para lograr una comprensión básica de la realidad, antes que manejar conceptos y detalles variables, según cada circunstancia.

El estudiante del siglo XXI no necesita escuchar clases magistrales mientras el docente habla, habla y habla. Necesita acción, investigar, usar tecnología. No olvidemos la brecha digital que se genera con el docente, que mayormente son inmigrantes digitales dando clases a nativos digitales. En la cabeza del estudiante del siglo XXI ya no hay tanto espacio para la memorización, incluso los salones de clase todavía siguen siendo tradicionales, instaurados y formulados según las dos primeras revoluciones industriales que vivimos hace 200 años. Por eso se suele concluir que: ¡Tenemos alumnos del siglo XXI, profesores del siglo XX y programas del siglo XIX!

Como alguien decía, los analfabetos del siglo XXI no serán aquellos que no sepan leer y escribir, sino aquellos que no sepan aprender, desaprender y reaprender. Según Confucio, la esencia del conocimiento, cuando se tiene, es saber aplicarlo.

José Tlalli de Ramiro Padilla Atondo



Corina Mora

Al llegar a la cima levantas los brazos,
tocas por accidente una estrella
y te sientes tan inmensamente vivo.

(José Tlalli, Padilla, 2020)

Resulta muy complicado escribir sobre algo que te ha conmovido tanto. Reseñar, criticar o ensayar algo que golpea con la fuerza de una tormenta en el mar. Algo que, como una obra de arte, no tiene explicación y te deja pasmado solo para observar. Me parece ambicioso reseñar lo que ha escrito Ramiro Padilla Atondo en su novela *José Tlalli* (Urbanario, 2020).

Era el mes julio de 2024, las labores docentes que ocupan normalmente mis días se encontraban quietas en un porcentaje. Había ocupado la mayor parte del tiempo libre en actividades que me apasionan. Resultó ser miércoles por la noche y me disponía a ocupar la mente en algo que la nutriera: una película, algún contenido en la red sobre política o literatura, o algo que nunca falla, un capítulo del doctor genio que resuelve casos que nadie podría solucionar. Sobre el sillón se encontraban todavía los libros que había recibido apenas el viernes anterior, y que no había colocado en el librero de futuras lecturas.

El libro que coronaba el pilar llevaba en su portada la foto de un niño indígena, ataviado con una camisa de manta y un sombrero de paja gigante para su talla. Detrás de él, una canasta de mimbre. Tenía una expresión triste,

.....

pero de una ternura infinita: José Tlalli. Sin pensarlo, extendí la mano para alcanzarlo y me dispuse a leer.

Las letras de Padilla Atondo son sustancias estimulantes que puedes leer plácidamente en dos horas. En esta obra la prosa es natural y alegórica, de una inmensurable belleza. Para algunos podría causar confusión su argumento que no es sobre el sufrimiento humano, sino sobre las grandes desigualdades que carcomen las entrañas de México.

La historia nos narra, a través de trece misterios (tipo rosario católico), un cuadro, ubicado en Oaxaca. Esto podría acontecer en cualquier lugar y momento en México: una familia que abandona su pueblo en búsqueda de mejores oportunidades o, quizás, huyendo de las fauces de los narcotraficantes o políticos.

En la historia aparecen varios personajes, como verdugos de un inocente que no pertenece a este mundo: el policía, papá del rubio; un animal gangrenado que muere de a poco, absuelto por la mirada del niño; la gorda y patética maestra de ojos ciegos, repugnante radiografía del papel de algunos docentes; los burócratas de la escuela que, por un momento, hacen feliz al pequeño; un salvaje perro que, al ser tocado por una de las lágrimas del niño, es transformado en su siervo.

En contraste, nos describe el microcosmos mágico del niño indígena, su mirada inocente se regocija en cada momento, a pesar de la miseria de su vida. Camina entre la inmundicia con una estela radiante a su alrededor, sin miedo, enfrentando su destino, como si supiera que su plano terrenal es pasajero, y que está destinado a brillar en el infinito. Es este niño, con su cara redonda, sus ojos rasgados y su blanca sonrisa, quien nos introduce a una

vorágine de sentimientos. Al mismo tiempo, sientes una cólera feroz cuando va a la escuela y después un alivio emotivo cuando le ocurren momentos de felicidad: “...la sonrisa es un don divino” (2020, p.78).

En las líneas de *José Tlalli* se perciben los sentimientos del autor, su extremo dolor y repudio por la desigualdad, aunque también el amor por su país y sus nativos. Además, llega a mostrar, tan característico del autor, sus puntos de vista controversiales. Es así como se atreve a cuestionar el proceder de un dios que se presume misericordioso, justificando la injusticia de los humanos con el libre albedrío, y nos comparte su visión sobre la conquista y el mestizaje.

José Tlalli te instiga a replantear el propósito de la existencia, recordando el valor de lo que realmente es esencial y asumir nuestras raíces. La obra no es una apología a la pobreza. Su lectura puede ser áspera, y podría decirse que es el testamento literario del autor que apuesta por la sensibilización y la empatía.

Puedo asegurar que encontrarán un agradable encanto con solo leer el doceavo misterio. Es una difícil decisión volver a hojear el libro, pues, si me dejo envolver nuevamente en sus pasajes, sé que solo lograré que mis ojos se humedezcan.



Colección: Rebeca Alday, 2025.

Imaginarios y representaciones de la brujería en el cuento *Bruja* de Julio Cortázar



Luis Cabrera

El siguiente texto tiene el propósito de mostrar las formas en que actúan los imaginarios sobre la brujería desde una perspectiva que articule los roles de género y las representaciones que se elaboran alrededor de la imagen de lo femenino. Para ello, se tendrán en cuenta las ideas de Cristina Sales Sarriera en lo referente a la construcción de la imagen de las brujas en occidente. Así mismo, se intentarán ligar estas nociones con el cuento *Bruja*, publicado en 1944 por el escritor argentino Julio Cortázar, es decir que se rastrearán los fragmentos más oportunos mientras se pone en evidencia cómo funcionan dichos discursos en el marco de las configuraciones producidas por los hombres para definir a las mujeres.

Ahora bien, la primera idea que surge al leer el cuento se relaciona con la insistencia en la soledad de Paula, protagonista de esta narración. Dicha soledad contrasta con el modelo de la mujer como ángel del hogar, que esquematiza lo que se espera de las mujeres como si su única razón de ser fuera conformar una familia y servir de recipiente para asegurar la continuidad de la especie humana. Por ende, las mujeres solitarias son mal vistas y esto a su vez se integra con la imagen clásica de la bruja aislada en su cabaña, retirada de un mundo al que le es más fácil segregar las diferencias que incorporarlas para aprender de ellas. Lo anterior se muestra en el siguiente fragmento:

La juventud de Paula ha sido triste y silenciosa, como ocurre en los

.....

pueblos a toda muchacha que prefiera la lectura a los paseos por la plaza, que desdeña pretendientes regulares y se someta al espacio de una casa como suficiente dimensión de vida (Cortázar,1978, p.181).

De entrada, se representa a Paula como una mujer diferente, caracterizada por la melancolía y con el poder de materializar sus anhelos ya sea al crear un anillo, un vestido azul, una muñeca viviente o al concebir una casa o un hombre que le brinde amor. De ese modo, la soledad, los señalamientos, la presión de la sociedad y sobre todo el miedo le han impedido participar de los sucesos cotidianos. En sintonía, se le ha negado la posibilidad de ser madre e incluso se le ha prohibido el amor, por eso crea a Esteban, quien funciona como una suerte de hijo-amante. Con respecto a este punto, Sales (2014) plantea que, en cuanto a roles de género, las brujas se conectan con frecuencia al mal, ya sea por su implicación diabólica o porque encarnan lo que una mujer de bien no debería ser dentro de un sistema heteronormativo. De esa forma, Paula es un personaje que se encuentra por fuera de las dinámicas impuestas por la sociedad. Por otra parte, la necesidad de tener un hombre y su capacidad creadora también son cuestiones dignas de análisis:

Paula quiso tener un hombre que la amara, y aunque vaciló largo tiempo entre recibir en su lecho a cualquiera de sus fieles pretendientes o crear un ser que cumpliera en todo sus románticas visiones de antaño, comprendió que no había alternativa y que le era forzoso decidirse por lo último. (Cortázar,1978, p.185)

En consecuencia, el sentido maternal que Esteban despierta en Paula puede

.....

unirse con los aspectos asociados al arquetipo de la madre, dado que sus pormenores se distinguen en ella. En ese orden de ideas, Jung (1970) expone algunos detalles de este arquetipo: “Las características de éste son: lo materno, la autoridad mágica de lo femenino, la sabiduría y la altura espiritual que está más allá del entendimiento; lo bondadoso, protector, sustentador, dispensador de crecimiento, fertilidad y alimento (...)" (p. 75). De esta manera, hay una dualidad en Paula que puede entenderse como un juego de posiciones encontradas: por un lado, es una mujer rechazada dueña de un enorme poder y, por otra parte, tiene deseos maternales y afectivos.

En síntesis, este cuento ofrece una amplia gama de insumos para comprender las discusiones en torno a la brujería y el papel que desempeñan las mujeres en este aparato discursivo. En *Bruja* se reconstruye la figura clásica de la mujer aislada; sin embargo, también es posible notar una fuerte necesidad en su protagonista por querer vincularse a los procesos sociales de las que ha sido excluida a causa del rechazo por parte de las personas de su pueblo. En ese orden de ideas, el imaginario alrededor de la brujería opera desde la creación, el poder y el erotismo, pero se matiza por medio de la profunda soledad, la inseguridad, la introspección y el temor. Es importante darse cuenta de la presión que se ha ejercido sobre estas figuras en virtud del sistema patriarcal al que le conviene silenciar este tipo de conocimientos, debido a que otorgan a la mujer una posición de poder, mientras reivindica saberes ancestrales que han sido relegados en la construcción del conocimiento.

En ese sentido, su exclusión obedece a motivaciones que buscan el mantenimiento de discursos hegemónicos con el objetivo de perpetuar las convenientes divisiones al interior de la especie humana.

-
- Cortázar, J. *Bruja* (1978). Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien. (31), 181-187. <https://doi.org/10.3406/carav.1978.2163>
- Jung, C. (1970). *Arquetipos e Inconsciente Colectivo*. Paidós.
- Sales, C. (2014). “La construcción literaria de la bruja en dos cuentos de Julio Cortázar [Trabajo de fin de grado en Lengua y Literaturas españolas, Universidad Autónoma de Barcelona]”. Depósito digital de documentos de la UAB. <https://ddd.uab.cat/record/119403>



Conrado Parraguirre

No soy un asiduo lector de ciencia ficción, pero en ocasiones llegan a mis manos trabajos de esta índole, y los abordo sin ningún prejuicio. Tal es el caso de la obra de Samuel Juárez Victoriano, cuya labor, supongo que podría ceñirse al subgénero de cyberpunk distópico, al menos en el estado actual en que se encuentra. En el prólogo se nos advierte que *MH-16* es la segunda entrega de seis tomos, los cuales conformarán el total de la saga. Cabe aclarar que no es necesario leer el primer cómic para entender la trama de la historia que ahora nos ocupa.

No obstante, mencionaré que la primera parte, llamada *C-BR 36*, es una pieza que tiene rasgos de la narrativa gráfica experimental y el llamado *wordless comic* (he de admitir que tengo reticencia con éste último término, y prefiero decantarme por designarlo como *mímico-mic* o historieta mímica). En dicha narración se nos plantea la génesis de un personaje que también aparece en *MH-16*; y, de momento, ese es el vínculo entre ambas historias que resulta significativo señalar.

Ahora bien, debo advertir que dada la naturaleza de la propuesta narrativa, este no es un cómic que pueda digerirse con sencillez, lo cual también resulta interesante, pues más que respuestas uno encuentra incertidumbre. Y sospecho que esa es una de las intenciones del autor, ya que tal extrañeza es la que invita a la reflexión en torno a su obra.

.....

En las primeras páginas descubrimos a Muhammad, el protagonista quien, tras despertar de un sueño, se encuentra dentro de un conflicto bélico en la Siria del año 2086. Él es un soldado cumpliendo órdenes y, por lo tanto, sale a combate. Hasta aquí no parece haber nada fuera de lo común. No obstante, esa realidad empieza a tambalear, cuando comienza a tener algunas visiones. Esta breve premisa sirve de preámbulo para hablar un poco sobre la obra.

El elemento onírico con el que arranca, parece estar latente durante toda la historia, y funciona a manera de un telón de fondo ilusorio en donde se entreteje la realidad. Incluso algunos diálogos parecieran remitir a alguna versión retorcida de El principito, como cuando uno de los personajes dice: “Lo más difícil de ver es lo que está delante de tus ojos”. Aunque lo anterior también podría ser una especie de pista que el autor nos deja para buscar otras lecturas en su historieta.

Confieso que al inicio la gráfica me pareció excéntrica, los vectores que semejan plantillas prediseñadas, y las imágenes retocadas con la misma técnica, producen un efecto de desconcierto. Sin embargo, mientras se avanza en el desarrollo de la historia, las cosas empiezan a cobrar sentido. Pues la gráfica también es un elemento sustancial en la obra.

Según yo, el uso reiterado de patrones de muaré, genera una sensación de interferencia, lo cual acompaña muy bien la idea de comunicación, entre una inteligencia artificial y un humano intervenido con el implante tecnológico de un ojo. Del mismo modo, el blanco y negro en alto contraste a lo largo de las secuencias, refuerzan la propuesta de observar las cosas a través de la óptica de un organismo artificial; y, en cierta forma, insinúa la idea de un código binario.

.....

No ahondaré más, mejor les invito a conocer el trabajo de MH-16, para que cada quien haga su propia lectura, y se mantenga pendiente del desenlace de esta saga a través de los siguientes volúmenes. Después de todo, como apunta la prologuista, y también historietista, Anabel Chino, es necesario incentivar el consumo de estas narrativas gráficas experimentales.

Juárez, Samuel. *MH-16*. México, edición de autor, 2025.



Borges y la metáfora de la Luna como espejo



Marcelo Sánchez

Todo poeta ha sentido la atracción irresistible de la luna. No sorprende que esta haya sido objeto de innumerables metáforas a lo largo de la historia. Sorprendente, en cambio, es que no exista ninguna metáfora que pueda considerarse canónica para ella. Es decir que, cuando un poeta decide referirse indirectamente a la Luna, no enfrenta ninguna imagen que se imponga como obvia.

Según Borges (v.gr. sus conferencias Norton, de 1967, publicadas como *This Craft of Verse*, 2000), las metáforas canónicas son más bien pocas: ojos por estrellas (o a la inversa), río por tiempo, flores por mujeres (o a la inversa), soñar por vivir, dormir por morir, incendio por batalla. El Borges maduro confecciona distintas versiones de esta lista, y – siempre exigua – nunca incluye la figura previa. Esas metáforas canónicas serían las verdaderas y únicas. Quien decida usarlas enfrenta dos alternativas: una, la más azarosa, consiste en crear nuevas metáforas; la otra, aquella en que Borges cifra las mayores esperanzas, es encontrar una nueva entonación para las canónicas.

En su primer poema de madurez/ancianidad sobre esta figura, el poeta nos cuenta de “mi largo comercio con la luna”, incluyendo experiencias, lecturas y escrituras (1959, *El hacedor*)¹. Nótese que, en *El hacedor*, el ya reputado

¹No consideramos el poemario juvenil de Borges *Luna de enfrente* (1925). A este, y acaso más específicamente al poema “Casi juicio final”, homenajeó Macedonio Fernández hacia 1943 en una sección de

.....

cuentista busca hacerse un lugar junto a los grandes poetas que desfilan por el libro. En “La luna” leemos sobre el joven Borges, que procuraba encontrar “una imagen vana” de esta, siguiendo el ejemplo de Lugones (equívoco dedicatario de todo *El hacedor*). En línea con su teoría de la metáfora, el Borges de 1959 juzga imprudente llamar a la luna de otra forma que por su nombre; es decir que está de más usar metáforas. Así, leemos en este poema: “entre todas las palabras, una / Hay para recordarla o figurarla. / [...] Es la palabra *luna*.” Sin embargo, el poema de 1959 no estaría completo sin su antítesis, y es que el autor – a propósito de una leyenda de Pitágoras – no se restringe del todo a llamarla con la palabra “luna”. Trae a colación, como al pasar, que “[Victor] Hugo me dio una hoz que era de oro” (nuestra aclaración), y añade otra metáfora sobre la que volveremos: “aquel otro espejo que es la luna”.

Dado que la forma más sabia de referirse a ella es por su nombre, se entiende que a Borges – ya de por sí interesado por diversas lenguas – le gusta saborear la dicción usada para el concepto previo en cada idioma.² Bástenos decir aquí que su versión favorita es en inglés: “moon”, con esa suerte de misteriosa vocal larga y con una estructura casi simétrica. Entre las versiones que menos le agradan están “mona” (en anglosajón) y “selene” (en griego).

Habiéndose incluido como al pasar en su poema de 1959, él retomará la metáfora de luna/espejo. Del libro *La moneda de hierro* (1976), comenta que solo salvaría³ su breve poema “La luna”, que dice de ella: “Mírala. Es tu espejo.” Es una figura cargada de soledad y de llanto y, asimismo, de historia

Poema de poesía, poesía del pensar. Tampoco consideramos el poema tardío de Borges “1971” (1971, *El oro de los tigres*). La hazaña humana (y no sólo científica) de que trata este poema, junto a su fuente literaria más

.....
(tanto de literatura universal como personal).

Esto recuerda el primero de los sonetos pareados reunidos bajo el título “1964” (1965, *El otro, el mismo*), que versan sobre el sufrimiento tras haber sido abandonado por el ser amado. En ese soneto leemos: “Ya no compartirás la clara luna/ni los lentes jardines. Ya no hay una luna/que no sea espejo del pasado,/cristal de soledad, sol de agonías.”

En las ya mencionadas conferencias Norton y en declaraciones tardías, ⁴Borges no se cansa de citar la metáfora “luna, espejo del tiempo”, debida a un poeta sufí persa (Browne, 356). Esta, pese a su fragilidad, dura tanto como el tiempo. Es una idea afín a la presente en los poemas de Borges de 1965 y 1976, pero sin la explícita carga de soledad y de agobio.

El último poema del escritor argentino sobre el tema es “La cifra” (1981, *La cifra*; originalmente llamado, en 1978, “La luna”). Con este, son tres los poemas que ha titulado bajo el mismo nombre (1959, 1976, 1978). El postre poema “La luna” carece de toda metáfora explícita y hasta se despoja de su título original, para quedar en “La cifra”.

El poeta, ciego desde 1955, recuerda haberla visto. Acerca de ella, reza el endecasílabo final: “Hay que mirarla bien. Puede ser la última.”

más evidente, las hemos discutido en “Borges y el viaje a la Luna”. *Revista Noche Laberinto*, No. 15, 2024, pp. 58-61.

² V. *Siete noches*, 1980, p. 103; *Jorge Luis Borges: The Last Interview and Other Conversations*. Entr. D. Bourne, S. Cape y C. Silver, 2013, p. 133.

.....

No existe así una metáfora canónica de la luna, aunque Borges parece abonar la asociación luna/espejo. Esta figura aparece en el poema de 1959 y resurge en los poemas de 1965 y 1976. Resuena en estos dos la metáfora persa que el poeta solía citar: “luna, espejo del tiempo”. En el poema final sobre el tiempo vivido se remarca su finitud: la luna es espejo en que se “cifra” el destino del poeta, y es también símbolo de todo lo que habremos mirado por última vez.

³ *V. Borges el memorioso*. Entr. A. Carrizo, 1982, p. 303; A Fondo. Entr. J. Soler Serrano, 1980, 21’1” (en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=Lj8HhXfs8FU>).

⁴ *V. Firing Line*. Entr. W. Buckley, Jr., 1977, 50’50” (en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=bNxzQSheCkc>); *La poesía en nuestro tiempo*, 1981, 9’26” (en línea: <https://www.youtube.com/watch?v=rPz2cZNDNe0>).

R | evista
astro